

IV.

Hé aquí referidas sucintamente las grandes hazañas de Ahuitzotl, hazañas que solo nos dan á conocer el carácter belicoso y el génio guerrero del soldado; pero que son insuficientes para mostrarnos al emperador y al hombre. Nosotros necesitamos para formar esta biografía, examinar las virtudes y vicios del gobernante, á fin de que la crítica del lector juzgue al personaje de quien nos ocupamos, y al cual no vacilaremos en llamar uno de los mas grandes emperadores aztecas, á pesar de sus defectos y aun de sus crímenes.

No bien habia Ahuitzotl conquistado á los mayahuos y á los zapotecas, cuando volvió á México con el fin de solemnizar la dedicacion del gran templo, cuya obra diseñó Tizoc, y segun otros Itzcoatl, pareciendo mas verosímil la primera asercion. En cuatro años—y en esto están conformes los historiadores,—se concluyó el templo “debido al increíble número de operarios empleados en la construccion del soberbio edificio.”

Ahuitzotl, fanático por el culto de sus dioses, que requeria

el bárbaro sacrificio de víctimas humanas, había reservado á todos los prisioneros que cayeron en sus manos durante cuatro años de continuas guerras y conquistas, para inmolarlos en los altares consagrados á Huitzilopochtli. La noticia de la solemne dedicacion fué llevada á todas las poblaciones del imperio, de donde acudió tal número de personas, que algunos historiadores hacen subir á seis millones. El emperador, por su parte, convidó á la ceremonia á los dos reyes sus aliados y á la nobleza de los pueblos vecinos, y en presencia del numerosísimo concurso fueron sacrificados setenta y dos mil trescientos cuarenta y cuatro prisioneros, según Torquemada, (*) durante una fiesta que duró cuatro días, ¡cuatro días de agonía para los desgraciados que fueron inmolidos los posteriores!

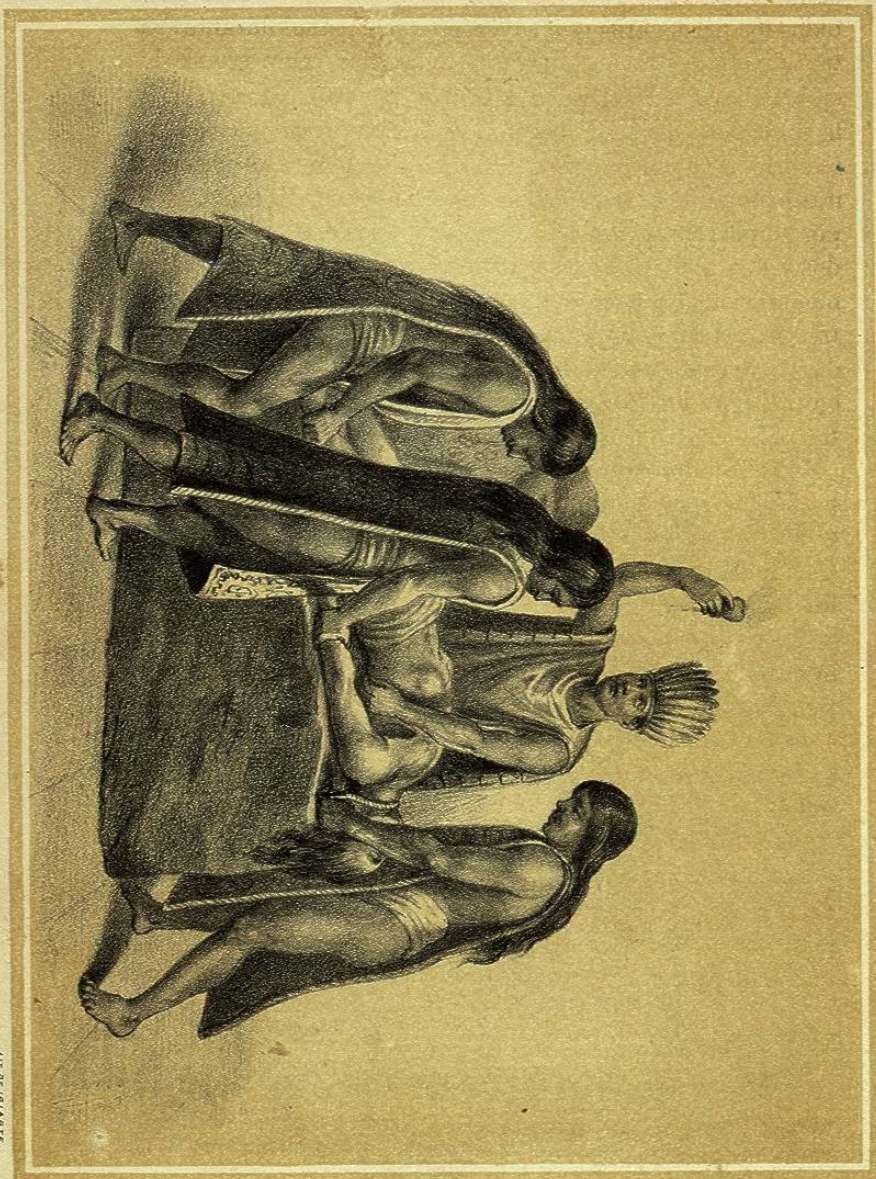
Pero este lujo de crueldad, obra de la superstición abominable, fué seguido de ciertas manifestaciones de generosidad y munificencia que hacen todavía más repugnante la fiesta. Concluida ésta, el emperador hizo magníficos regalos á todos los convidados

Y sería de desear que esta solemnidad fuera la única en la cual se hubiera derramado sangre humana. En el templo llamado Tlacateco, fueron inmolidos los prisioneros hechos en la campaña contra los huexotzingos, y en Xalatlahuico, Muzauhqui, cacique ó señor del pueblo, sacrificaba otros muchos.

Naturalmente, el ejemplo de la capital era seguido en las demás poblaciones, en las cuales, como menos ilustradas, es de suponer que el fanatismo religioso hiciera mayores estragos. En tantas guerras emprendidas incesantemente, el número de prisioneros era muy crecido, y estos no ignoraban

* Muchos historiadores creen exagerado este cálculo. Unos dicen que el número de sacrificados no excedió de sesenta mil y otros que fué mucho menor; pero de todas maneras aparece demostrado que la matanza fué horrible.

SACRIFICIO ORDINARIO DE LOS MEXICANOS.



LEBLONDIER.

el fin que les estaba reservado. Ni en los mas sangrientos combates se procuraba matar á los vencidos, sino aprisionarlos y traerlos para ser sacrificados en las grandes solemnidades religiosas, y por esto solo se podrá conocer cuántos serian inmolados por la salvaje idolatría.

V.

Algunos años despues de la dedicacion del templo mayor, creyó Ahuitzotl que por falta de agua se dificultaba la navegacion en el lago, y quizo traer aquella del manantial de Huitzilopocheo. Izotzomatzin le manifestó que no eran perpetuas las aguas de la fuente; pero no gustando al emperador la contradiccion, como jamas ha gustado á ninguno que ejeree un poder absoluto, despidió enojado al señor de Coyoacan que tan útiles observaciones le hiciera y le hizo dar muerte. Ahuitzotl mandó construir un acueducto de Coyoacan á México; todos se felicitaron cuando llegaron las aguas al lago; los sacerdotes solemnizaron tambien el acontecimiento; pero no pasaron muchos dias sin que se comprendiera la justicia y buena fé con que Izotzomatzin habia procedido, conociendo quizá de antemano los funestos resultados de la obstinacion del emperador.

Con efecto, las lluvias del año (1498) fueron abundantes, la ciudad se inundó al extremo de no poderse transitar por sus calles, si no era en barcos, y muchas casas se arruinaron. El mismo Ahuitzotl fué sorprendido por la inundacion en un cuarto bajo de su palacio; y al pretender salir precipitadamente

mente por una puerta que no era muy alta, se hizo en la cabeza una contusion de la cual murió mas tarde. Tras de esto vino la carestía, por haberse perdido las cosechas á consecuencia de la abundancia de agua.

Ahuitzotl procuró remediar los males ocasionados por su capricho; mandó decir al rey Nezahualpilli, hijo del gran Nezahualcoyotl, que se doliera de su ciudad y de sus pobres mexicanos y le diera un consejo para evitar otras inundaciones y para secar la capital. El rey amigo fué al lugar donde el manantial se encontraba, "mandó cerrar los ojos de éste, y cesó la avenida que inundaba á México." Así lo refieren varios historiadores, y entre otros Torquemada, quien extraña que Acosta no tribute á Nezahualpilli el elogio que se merece.

El mal causado por la inundacion produjo sin embargo un bien. En el valle de México se descubrió la "Piedra liviana," como la llamaban algunos escritores antiguos, ó sea la cantera conocida con el nombre de *tetzontli*. Ahuitzotl llamó á todos los operarios de la comarca para que sacasen la mayor cantidad posible de *tetzontli*; y no bien habia cesado la inundacion, "Ahuitzotl empleó esta piedra en fortificar la ciudad, en terraplenar el suelo del templo mayor y en reparar los palacios y las casas." Despues de esto los reyes fueron á Tlacuiloyan y trajeron mil dociientos prisioneros, que inhumanamente sacrificaron á Huitzilopochtli, quizá en accion de gracias por el descubrimiento del *tetzontli*, que tanto sirvió para reconstruir y embellecer la populosa capital del imperio, gobernado y engrandecido por Ahuitzotl, quien permaneció en el trono de México diez y seis años y murió el de 1502, á resultas de la contusion que recibió y de la cual hablamos ya.

VI.

He aquí los principales hechos del emperador cuya biografía hemos terminado, faltándonos solo la relacion en compendio de otros muchos de sus actos, que manifiestan hasta la evidencia, que Ahuitzotl poseia grandes virtudes y tambien grandes vicios.

Pero para juzgar de éstos es preciso colocarse en el tiempo en que existió el personaje que nos ocupa; conocer el espíritu de la época, retroceder hasta aquella en que los mexicanos permanecieron humillados, perseguidos y esclavizados algunas veces, ó tributarios cuando menos, y sobre todo, comprender á fondo cuánta es la influencia de las supersticiones religiosas, cuánto retardan el triunfo de la causa de la filosofía y la humanidad las costumbres de una nacion, y cómo todos los pueblos conquistadores, sin excepcion alguna, son arbitrarios y tiranos.

Somos nosotros poco inclinados á reconocer un héroe en cada personaje histórico; pero esto no impedirá que veamos en Ahuitzotl un monarca altivo, valiente, tenaz en sus empresas y de una fuerza de voluntad inquebrantable. Aficionado á la guerra por carácter y por educacion, soñaba naturalmen-

te con las conquistas, y al realizar éstas fué injusto y cruel, como lo observamos ya. En cambio, manifestó muchas veces querer todo para México, como Alejandro lo quería todo para la Macedonia y Napoleon todo para la Francia, y empleó los recursos de su poder y su riqueza en engrandecer la capital del imperio y extender por todas partes los límites de éste.

Diremos otra vez que no opinamos que Ahuizotl sea un héroe perfecto como Epaminondas ni un conquistador como el hijo de Filipo; pero si la crueldad de otros guerreros puede justificar el despotismo del primero con los vencidos, bastará recordar cómo trataron los romanos á Cartago, qué hicieron al mando del republicano Bruto en Xanto; preguntáramos, sin remontarnos á los tiempos antiguos, cómo conquistó á los mexicanos Cortés y á los peruanos Pizarro, y lo que han hecho en algunos de sus dominios los soldados ingleses. Y esto despues que el cristianismo y la civilizaci6n han inundado con su luz á los pueblos, despues que la verdadera filosofia no se cansa en predicar la concordia, la fraternidad, la paz universal.

Acaso no exista una razon bastante poderosa para justificar los sacrificios humanos; pero ¿cuál es el pueblo antiguo en donde ellos hayan sido desconocidos? ¿Qué extraño es que en un país aislado del resto del mundo, una multitud de prisioneros hayan sido inmolados á Huitzilopochtli, dios sediento de sangre y de exterminio, cuando estos espectáculos horribles fueron instituidos en los pueblos que se llamaban cultos y cristianos, con los juicios de Dios, con el tribunal de la Inquisicion, no menos bárbaro é inhumano que los antiguos sacerdotes de México? ¿Quién se admira de que el fanatismo de una nacion idólatra hiciera tantas víctimas, cuando sabemos la matanza de Saint Barthelemy, cuando hemos aprendido desde niños que la intolerancia religiosa ha hecho millares de víctimas en todo el mundo?

Pero dejando á un lado estas tristes reflexiones, digamos de una vez, que el hecho de haber sacrificado Ahuizotl tantas víctimas, es una mancha en la historia del quinto emperador

de México, y que ese hecho, aunque justificado entonces por la embriaguez del triunfo, por las costumbres y por la supersticion, será siempre condenado por la filosofia, por la civilizaci6n y la humanidad. Esas matanzas destruian realmente el poder del imperio, reducian al último extremo de la desesperacion á los enemigos de éste, y eclipsaban por completo el brillo de las conquistas alcanzadas por Ahuizotl, quien llegó á dominar casi el mismo vasto territorio que despues se llamó Nueva-España.

Por lo demas, Ahuizotl fué liberal, magnífico; dedicó preferentemente su atencion á hermostear la ciudad de México; hacia espléndidos regalos al pueblo; era alegre y amigo de la música, y para exceder en lujo y ostentacion de placeres á sus antecesores, quiso tener mayor número de mujeres que ellos. Clavijero, en nuestro concepto, es el historiador que mas acertadamente ha juzgado á Ahuizotl en las siguientes líneas, que no podemos dejar de insertar para concluir.

“Ademas del valor, dice de Ahuizotl el ilustre jesuita, tuvo otras prendas reales, como la magnificencia y la liberalidad, que le dieron gran celebridad en aquellos pueblos. Hermoseó de tal manera la ciudad con suntuosos edificios, que llegó á ser, bajo su reinado, la mayor y mas bella del Nuevo Mundo. Cuando recibia los tributos de las provincias, congregaba al pueblo, y por sus manos distribuía víveres y ropa á los necesitados. Remuneraba á los capitanes y soldados que se señalaban en la guerra, á los ministros y empleados de la corona que lo servian fielmente, con oro, plata, joyas y hermosas plumas.

“Estas virtudes estaban oscurecidas por algunos defectos, pues era caprichoso, vengativo, *cruel á veces*, (1) y tan dado á la guerra, que parecia mirar con odio la paz; de modo que su nombre se usa todavia, aun por los españoles de aquel país, (2)

(1) Fíjese el lector en las palabras que subrayamos.

(2) Es sabido que Clavijero escribió su historia en Italia.

para significar un hombre que con sus molestias y vejaciones no deja vivir á nadie. (1)

“Por otro lado, era de buen humor, y tanto se deleitaba en la música, que ni de día ni de noche faltaba esta diversion, con perjuicio de los negocios públicos, pues le robaba gran parte del tiempo y de la atencion que hubiera debido emplear en el gobierno de los pueblos. No era menos inclinado al amor de las mujeres. Sus antepasados solian tener muchas, creyendo ostentar mayor autoridad y grandeza, en razon del número de personas destinadas á sus placeres secretos. Ahuitzotl, habiendo ampliado tanto sus dominios y engrandecido el poder de la corona, quiso significar su superioridad en el número excesivo de las mujeres con quienes sucesivamente se casó.”

AGUSTIN R. GONZALEZ.

(1) Los españoles dicen: *Fulano es mi Ahuizote*; á nadie le falta un Ahuizote, &c.—(Nota de Clavijero.)